

ACTAS

III Jornadas de Investigación en Humanidades



Bahía Blanca
1 al 3 de octubre de 2009

¿“La mejor madre es la mejor mujer”? Maternidad, educación y participación política femenina en la Inglaterra victoriana.

María Jorgelina Caviglia
Universidad Nacional del Sur
mjcaviglia@uns.edu.ar

Claudia I. Marinsalta
Universidad Nacional del Sur
cmarinsalta@uns.edu.ar

I.

El discurso victoriano dominante, apoyado en los postulados científicos de la época, giró alrededor de la maternidad como eje argumentativo para definir los roles sociales de las mujeres, justificar y legitimar su confinamiento a la esfera familiar, restringiendo así su acceso al ámbito público. Ya desde fines del siglo XVIII, en Inglaterra, la maternalización de los cuerpos femeninos y el nuevo énfasis sobre el papel de “madre” así como el surgimiento de la teoría de las dos esferas había limitado a las mujeres al ámbito doméstico (Hitchcock, 1997:49). En la centuria siguiente, adquiriendo centralidad en la ideología y en la cultura británica, se impuso la *glorificación de la maternidad* (Knibiehler, 2001:53) y su misión en el mantenimiento del orden social vigente. La concreción de una familia se convirtió en la circunstancia de vida femenina *natural* para la mayoría de las mujeres, que quedaban ceñidas al espacio privado donde debían dedicarse con abnegación, pero también con alegría, a la vida hogareña y a los cuidados maternos. Desde la niñez se las formaba con ese objetivo y por ello recibían una educación apropiada a fin de lograr las aptitudes y cualidades pertinentes, enfatizando las habilidades y destrezas *femeninas* y sus valores morales, requisitos indispensables para ser buena esposa y madre. La función materna absorbía la individualidad de las mujeres y se convertía en la fuente de fortalecimiento identitario de la subjetividad femenina por su condición de experiencia vital, esencial y permanente: “El amor materno, la consagración total de la madre a su hijo, se convirtió en un valor de esta civilización y en un código de buena conducta” (Knibiehler, 2001:56), constituyendo “... la vocación y verdadera razón de ser de las mujeres” (Morant & Bolufer, 1998:223). Su destino natural y social era la perpetuación y conservación de la especie.

La maternidad se erigió, entonces, en la más clara evidencia de la feminidad, de modo tal que permitía afirmar -como sostuvo la médica inglesa Arabella Kenealy (1996:251), en 1890- que “La mejor madre es la mejor mujer”. Pero, justamente, la dedicación y la preparación necesaria para esta función conllevaba una disposición constante que impedía, de acuerdo con el discurso patriarcal, la participación de las mujeres en el escenario público, obstaculizando su acceso a una educación de más alto nivel y a la participación política como ciudadana. Ante tales limitaciones, la reacción entre ellas no fue unánime. A través del análisis de diferentes fuentes de la época pueden detectarse dos tendencias: la representada por las voces femeninas que aceptaban y reproducían los argumentos hegemónicos, y las que manifestaron su oposición al discurso dominante, cuestionando y denunciando la subalternidad a la que

eran condenadas. Examinaremos, entonces, unos pocos pero muy significativos ejemplos de ambos posicionamientos, defendidos por mujeres de la burguesía, con actividades intelectuales similares, que, en diálogo a través de la difusión de sus ensayos en reconocidas publicaciones del periodo, pusieron en evidencia las tensiones y conflictos que originaba la posibilidad de la emancipación femenina.

II.

Cuestionando el argumento según el cual la educación debía contribuir a hacer de ellas mejores esposas y madres, la sufragista Harriet Taylor Mill (1807-1858) destacaba la importancia de una educación renovada y diferente que les permitiera participar del “mundo de los hombres” y elegir libremente distintas profesiones, dando como resultado mujeres autónomas. Además advertía que en ellas “...la superioridad mental será sólo un accidente excepcional mientras no se les abran todas las carreras y...., como los hombres, sean educadas para sí mismas y para el mundo, no para los individuos del otro sexo” (1973:67). Reprobando las limitaciones que sufrían, negaba que “...el saber hace a las mujeres poco femeninas” (1973:76) y defendía su posibilidad de acceder a los mismos niveles de estudio que los hombres y a cualquier actividad que les permitiera poner en práctica su facultad de pensar y sus intereses.

Desde una perspectiva opuesta, la escritora Margaret Oliphant (1828-1897) afirmaba que sólo a través de la maternidad y la constitución de una familia -de la que serían auténticas reinas y ángeles benefactores- las jóvenes podían hallar su identidad y su realización biológica y social. Oliphant insistía en que, si por naturaleza, la mujer estaba destinada al matrimonio y a construir un hogar donde, protegida por su marido, criara a sus hijos ([1869] 1995:121), era imperioso atender estas condiciones fundamentales cuando se proyectara su educación. Desalentó, en consecuencia, la instrucción superior femenina porque entrañaba frustraciones y la inexorable disyuntiva de elegir entre una profesión, por un lado, o el matrimonio y la maternidad, por el otro, debido a su incompatibilidad. Afirmaba que, puestas a elegir, “La mayoría... será esposa y madre a pesar de todo,...se les confiarán las altas responsabilidades de la naturaleza y harán un trabajo que ningún hombre es capaz de hacer en lugar de vosotras” (Oliphant, 1995: 137).

En el mismo sentido, la ensayista y poetisa Anne Mozley (1809-1891) sostuvo que la debilidad intelectual y física formaba parte de la naturaleza femenina común, a la que atribuía un menor poder de atención y concentración. Comparándola con los hombres, aseguraba que

...sólo una mujer en un millón puede tener la organización física y mental que la califique para ser Ministro de Hacienda, para brillar en los debates del Parlamento Británico, para realizar una compleja cirugía, construir un ferrocarril o edificar una catedral, gestionar un pleito intrincado o gobernar en un régimen democrático... ([1869]1995:98).

Advertía, además, que si las mujeres compitiesen con los hombres, su educación debería comenzar desde la cuna, pero el plan que la naturaleza les tenía previsto las conducía al casamiento y la maternidad. Por ello, descalificaba la educación de las hijas, considerándola una inversión inútil, y justificaba la renuencia de muchos padres a pagar

tan caro entrenamiento, sabiendo que el desembolso probablemente fuera en vano y anhelando que abandonaran su profesión por un feliz matrimonio.

La sufragista Henrietta Müller (1845-1906) impugnó la naturalización de roles sociales impuesta por el patriarcado que "...en función de la maternidad ha podido esclavizar la voluntad de la mujer" ([1887]1996:208). Según la autora, los victorianos sostenían que "...el verdadero reino de la mujer está en el hogar y, sobre todo, en el cuarto de los niños, y que 'el amor y cuidado maternal sería aún y por siempre el regocijo y la ambición de la mujer'". Ella afirmaba que debían ser las mujeres mismas quienes resolvieran "...cuál es su mayor regocijo y ambición" (1996: 214) y admitía, incluso, que algunas podrían rehusarse a la maternidad. Müller (1996:216) creía que "Si el desarrollo del futuro pudiera tender a que ellas, en promedio, estén menos ocupadas en los cuidados maternos que lo que han estado, el resultado será una perspectiva más agradable para toda la humanidad". Además se resistía a creer que las mujeres, relegadas al hogar y cuyo único objetivo fuera el casamiento y la maternidad, pudieran ser felices, pues ello creaba

... un antagonismo...entre el lado inteligente y el emocional de la naturaleza femenina,...que debería ser evitado a toda costa, de modo de no crear dos tipos monstruosos de mujer: una toda mente y sin corazón, y la otra toda corazón y sin mente...", concluyendo que "Los dos lados de la naturaleza requieren ser satisfechos y desarrollados: el intelectual y el emocional (1996:217).

Un planteo muy diferente realizó la ya mencionada médica Arabella Kenealy (1864-1938), claro exponente del pensamiento científico del siglo XIX, quien afirmaba que, siendo la maternidad la verdadera prueba de la feminidad,

Ninguna mujer que atravesara esa experiencia debería comprometerse en una ocupación que absorbiera sus mejores energías y forzara su atención. Ella debería... limitar sus esfuerzos y conservar sus energías para que estas pudieran ser utilizadas en el cumplimiento de la responsabilidad maternal que ha asumido ([1890] 1996:254).

Además temía que la libertad e independencia de las madres afectara la salud y el bienestar de sus hijos y, a través de ellos, el progreso de la raza (1996:256), revelando de tal forma preocupaciones eugenésicas muy difundidas en la época.

Por el contrario, la feminista Millicent Garrett Fawcett (1847-1929) manifestó que era erróneo suponer que no se podían combinar la atención a las labores hogareñas y a los intereses intelectuales:

No hay razón para que las esposas y madres no puedan cultivar sus mentes y, al mismo tiempo, presten atención a sus asuntos domésticos... es incorrecto sostener que una mujer, en condiciones de dirigir bien su casa y su familia, deba dedicar todo su tiempo y mente sólo a eso y no hacer otra cosa ([1870]1995:230).

Más aún, defendiendo la posibilidad de lograr un mayor nivel educativo, afirmó que

El hecho de que a la madre, en casi todas las clases, se la destina a la formación de los niños durante sus primeros años es en sí mismo una de las reivindicaciones más fuertes que alguna vez se haya propuesto para elevar la educación y el status social de las mujeres. La mujer que educa bien una familia hace una labor de inestimable valor para el Estado. Ella está contribuyendo a la grandeza de su país en el más alto sentido... ([1891]1996:283-284).

III.

Con respecto a la posibilidad de otorgar el sufragio a las mujeres, los contemporáneos que se oponían argumentaban que ellas eran intelectualmente incapaces, no tenían experiencia política y auguraban la posibilidad de un caos en la familia a partir de la participación de las madres en la actividad política. Los debates sobre el tema se incrementaron sobre todo con la publicación de la obra de John Stuart Mill, *The Subjection of Women*, en 1869, a favor de la emancipación femenina.

Ya en 1851, Harriet Taylor Mill había criticado la proscripción de las mujeres de la vida política, preguntándose “¿Con qué racionalidad puede llamarse universal al sufragio mientras media humanidad permanece excluída de él? ([1851]1973:48). Además aseguraba que la vida política podía compatibilizarse con la maternidad y las tareas domésticas:

No hay necesidad de que sea la ley la que prohíba que una mujer realice al mismo tiempo quehaceres de la casa o de la educación de los hijos y...sea elegida para el Parlamento. Donde la incompatibilidad sea real, ella misma resolverá sus problemas; pero es una injusticia manifiesta erigir esa incompatibilidad como pretexto para su exclusión... Decir que las mujeres deben ser excluídas de la vida activa porque la maternidad las descalifica para ella equivale de hecho a decir que debería estarles prohibida cualquier otra ocupación para que la maternidad sea su único recurso (1973:56-57).

Anne Mozley también se incorporó a la polémica, en abierta confrontación con las ideas de Mill, manifestando un discurso conservador y patriarcal y contribuyendo así al reforzamiento de la subalternidad femenina. Con respecto al sufragio, afirmaba que la “*satisfecha domesticidad*” femenina, que Mill desdeñaba, constituía una virtud especial respetada por la mayoría de los hombres y que las inglesas no querían sacrificar la posición que ocupaban en el hogar por apoderarse del territorio de la política. Y aseguraba: “...lo que Mill pretende es cambiar la naturaleza de la mujer...forzándolas a la rivalidad con los hombres” (1995: 94) cuando “...desprecia la noción masculina de que la vocación natural de las mujeres es ser madre y esposa” (1995:98).

Como líder y militante del sufragismo, Millicent Garrett Fawcett se sumó a los debates declarando que estaba “...a favor de la ampliación del voto a las mujeres porque quiero reforzar una auténtica feminidad en las mujeres, y porque deseo ver que el lado femenino y doméstico de las cosas tenga un peso en los asuntos públicos” (en Anderson & Zinsser, 1991:410). Además, profundizando el concepto anterior y reclamando el derecho de ellas de acceder a los derechos políticos en la misma condición que los varones de su clase, Garrett Fawcett sostuvo que la participación femenina debía basarse justamente en la diferencia con los hombres: “Queremos la experiencia especial

de las mujeres como tales, su conocimiento especial del hogar y de las necesidades hogareñas, de la vida infantil y de las condiciones propicias para formar el carácter y ser tenidas en cuenta en la legislación” ([1891]1996:282).

La feminista y sufragista Frances Power Cobbe (1822-1904), por su parte, instó a las mujeres a ejercer sus “*oficios*” tradicionales -la atención de su familia y la educación de los hijos- con solvencia y dedicación. Una vez demostrada su capacidad para desempeñarlos, podrían exigir, entonces, la participación política:

...transformémonos en constantes y diligentes partícipes del mundo del trabajo,... probemos nuestra capacidad para tareas cada vez más elevadas, no deseando ni por un momento que nos tengan en cuenta...por una sobreestimación de nuestros éxitos ‘porque somos mujeres’. Cuando un número suficiente de nosotras haya adoptado este método para conquistar el Sentimiento público a favor de los reclamos de nuestro sexo, la victoria estará asegurada (Power Cobbe, [1870]1997:8).

En 1889, fue publicado un documento firmado por ciento cuatro distinguidas victorianas cuyo título era “*Apelación contra el sufragio femenino*”. Si bien no hicieron referencia concreta y explícita a la maternidad, la daban por descontada al referirse a las mujeres como baluarte de la familia y del orden moral y social: “Si nosotras rechazamos el ‘derecho’ de las mujeres al sufragio... es por el efecto que, sin dudas, la posesión del mismo puede tener sobre su carácter y posición y sobre la vida familiar”, pues temían que la moralidad que las caracterizaba pudiera ser seriamente deteriorada si intervenían en los disturbios de la vida política. Por ello señalaban: “... las mujeres serán más valiosas ciudadanas y contribuirán con más preciados elementos a la vida nacional sin el voto que con él” (1889:2). Por otra parte, la *Apelación* advertía que el sufragio femenino “... introduciría cambios de enorme importancia en la vida familiar y en la concepción inglesa de lo doméstico, que nunca han sido adecuadamente considerados”. Asimismo aclaraba que

... nada puede ser más lejano a nuestras mentes que despreciar la posición o la importancia de las mujeres. Es porque reconocemos el enorme valor de su especial contribución a la comunidad que nos oponemos a aquello que parece poner en peligro ese aporte. Estamos convencidas de que la prosecución de una mera igualdad exterior con los hombres es para las mujeres no sólo inútil sino desmoralizante. Ello conduce a una total equivocación con respecto a la verdadera dignidad y especial misión de las mujeres (1889:3).

IV.

Para las feministas inglesas el libre acceso a la educación y la obtención del derecho a elegir y ser elegidas no era una cuestión de “*mera igualdad exterior*”. Por el contrario, ello posibilitaría una transformación real de las relaciones entre los sexos, el ingreso de las mujeres en la vida pública y, correlativamente, la superación definitiva de su confinamiento en el ámbito privado, así como una mayor y directa influencia y visibilidad femenina en la sociedad. Todo ello redundaría, aseguraban, en la felicidad, bienestar y progreso de toda la humanidad.

Fuentes citadas

- Garrett Fawcett, Millicent, (1995), “The Electoral Disabilities of Women”, en: *The Fortnightly Review*, Vol. 13, en: Andrew Pyle (ed), pp. 223-235, [1870].
- Garrett Fawcett, Millicent, (1996), “The Emancipation of Women”, en: *The Fortnightly Review*, Vol. 50, en: Katharina Rowold (ed), pp. 278-293, [1891].
- Kenealy, Arabella, (1996), “The Talent of Motherhood”, en: *The National Review*, Vol. 6, en: Katharina Rowold (ed), pp. 243-258, [1890].
- Mozley, Anne, (1995), “Mr. Mill on the Subjection of Women”, en: *Blackwood’s Magazine*, Vol. 106, en: Andrew Pyle (ed), pp. 89-108, [1869].
- Müller, Henrietta, (1996), “What Woman is fitted for”, en: *The Westminster Review*, Vol.127, en: Katharina Rowold, (ed), pp.207-219, [1887].
- Oliphant, Margaret, (1995), “Mill on the Subjection of Women”, en: *The Edinburgh Review*, Vol. 130, pp. 572-602, en: Andrew Pyle (ed), pp. 109-140, [1869].
- Power Cobbe, Frances, (1997), “Our Policy: An Address to Women Concerning the Suffrage”, en: London National Society of Women’s Suffrage, London, 8p., en: P. Willet, General Editor: *Library Electronic Text Resource Service (LETRS)*, Bloomington, Indiana University, pp. 1-8, [1870].
- Taylor Mill, Harriet, (1973), “La emancipación de la mujer”, en: John Stuart Mill y Harriet Taylor Mill, *La igualdad de los sexos*, Madrid, Ediciones Guadarrama, pp. 113-144, [1851].
- Ward, Humphry et al., (1889), “An Appeal against Female Suffrage”, en: *Nineteenth Century June 1889*, p. 6.

Bibliografía citada

- Anderson, Bonnie S. y Judith P. Zinsser, (1992), *Historia de las mujeres: una historia propia*, Barcelona, Crítica.
- Hitchcock, Tim, (1997), *English Sexualities, 1700-1800*, University of North London, London.
- Knibiehler, Yvonne, (2001), *Historia de las madres y de la maternidad en Occidente*, Bs. As., Nueva Visión.
- Morant Deusa, Isabel y Mónica Bolufer Peruga, (1998), *Amor, matrimonio y familia*, Madrid, Ed. Síntesis.
- Pyle, Andrew (ed), (1995), *The Subjection of Women: Contemporary Responses to John Stuart Mill*, University of Bristol, England, Thoemmes Press.
- Rowold, Katharina (ed), (1996), *Gender and Science. Late Nineteenth-Century Debates on the Female Mind and Body*, University of Bristol, England, Thoemmes Press.